



Lit. de J. Donon Madrid.

MUJERES CÉLEBRES.

DA INÉS DE CASTRO.

INES DE CASTRO ¹.

I.

«Tu so, tu puro Amor, com força crua,
 «que os corações humanos tão obriga,
 «deste causa aa molesta morte sua,
 «como se fora perñda enemiga.
 «Se dizem, fero Amor, que á sede tua,
 «nem com lagrimas tristes se mitiga,
 «he porque queres aspero e tirano
 «tuas aras banhar em sangue humano.»
 Lusíadas de Camoens. Canto III.

Entre los nobles castellanos que por el continuo estado de guerras intestinas en que ardia Castilla durante los últimos años del siglo XIII, abandonaban su patria para vivir en los vecinos reinos, hallábase en Portugal D. Fernando de Castro, noble magnate que descendia de una de las mas antiguas é ilustres familias de la *tierra de los castillos*. Enlazado con Doña Berenguela Lorenzo, hija de Lorenzo Suarez de Valladares, hidalgo tambien de noble alcurnia, vió bendecida su union con el nacimiento de una hermosa niña, en la que al pasar los años en rápida carrera, iban acumulando cuantas dotes puede ambicionar el espíritu, cuantas bellezas deseara el ideal de un artista.

¹ Por causas que no son de este lugar, y ajenas por completo á toda idea desfavorable para uno ni otro escritor, las páginas comprendidas desde la 106 de este tomo II hasta el final de la biografía anterior, han sido escritas por el literato catalan D. Manuel Rímont, con cuya amistad se honra hoy el autor de esta obra, y cuyo verdadero mérito y competencia para esta clase de trabajos habrán podido apreciar nuestros lectores. Amante de la justicia, y no queriendo adornarse el autor con galas ajenas, hace esta declaracion, y al mismo tiempo dá las gracias á dicho literato por el esmero y acierto con que ha escrito las citadas páginas, que indudablemente avaloran nuestro modesto libro.—Madrid 7 de Mayo de 1869.—J. de Dios de la Rada y Delgado.

Relaciones de parentesco enlazaban la familia reinante portuguesa con la de D. Pedro Fernandez de Castro, por lo cual y por su alto nacimiento, la hermosa hija del magnate castellano brilló muy luego en la corte de Alfonso IV, como dama de honor de la princesa Doña Constanza, esposa de D. Pedro, primogénito del rey y heredero de la corona. Los encantos de su talento y de su hermosura encendieron en el corazón del príncipe una pasión amorosa, que en vano intentaba reprimir; y apenas muerta Doña Constanza, cuyo fin prematuro sintió profundamente su dama y fiel amiga Doña Ines de Castro, D. Pedro, sin poder comprimir por más tiempo su cariño, declaró á Doña Ines el amor que le inspiraba. Tan discreta la noble niña como hermosa, y conociendo cuán difícil era compartir con D. Pedro la corona, que estaba llamado á ceñir, rechazó las pretensiones del infante, no sin que al hacerlo tuviera que sacrificar su corazón, pues ella también le amaba.

Pero la voluntad que cede siempre dominada por la razón, es vencida con harta frecuencia por el sentimiento. Jóvenes D. Pedro y Doña Ines, amándose con amor intenso y purísimo, era difícil que pudieran triunfar en aquella lucha del amor contra un deber ficticio, impuesto únicamente por la razón de estado, siempre egoísta y fría. Por eso llegó un momento en que olvidándose de todo los dos amantes, pensaron únicamente en seguir el impulso de sus corazones; y burlando la vigilancia de envidiosos cortesanos, el día 1.º de Enero de 1344 uníanse en matrimonio secreto que bendecía el obispo de la Guarda, mediante dispensación pontificia.

D. Alfonso entre tanto ocupado en las guerras que sostenía contra los moros, no pudo apercibirse de aquel enlace, sino cuando ya era tarde, y al querer separar á su hijo de la mujer á quien amaba, encontró en el infante la más declarada resistencia. No era el amor de D. Pedro una pasión vulgar y pasajera: amaba á Doña Ines con una ternura imposible de describir, y la posesión del objeto amado, lejos de apagar el fuego de su pasión, le aumentaba de día en día, como acontece siempre que el verdadero amor enlaza con cadenas de flores el corazón y el destino del hombre.

Desde el momento de su secreto enlace en Braganza, no solo aspiró á que Doña Ines fuese la tierna compañera de su vida, sino que, apreciando en todo su valor las altas prendas que atesoraba la hija del noble castellano, resolvió elevarla al trono de Portugal tan luego como heredase la corona.

Tales proyectos no quedaron desconocidos para los ambiciosos cortesanos de D. Alfonso, que temían fuese aquel enlace la causa que les hiciera perder, andando el tiempo, su influencia, recayendo esta en los hermanos de Doña Ines, poderosos también y de recomendables prendas. Así fué que desde aquel día, no cesaron un momento los ambiciosos próceres en su propósito de destruir la nueva influencia, que veían nacer en el pálido horizonte de sus ambiciones.

Para realizar sus propósitos hicieron que Alfonso IV inclinara á su hijo á un nuevo vínculo con alguna princesa extranjera; proponiéndose de este modo, que al rechazar el príncipe el imposible enlace, quedase descubierto el matrimonio secreto y fuertemente escitado el enojo del monarca.

Los planes de aquellos magnates ambiciosos quedaron burlados. El infante rechazó noblemente la propuesta de nuevas nupcias, y manifestando su enlace con Ines, el amor de ambos esposos, y la dulzura y talentos de la noble dama hicieron que el rey, aunque irritado por la desobediencia de su hijo, mirase aquella unión con menos encono del que sus cortesanos deseaban.

Pero ¿de qué no será capaz la baja ambición y la ruin envidia, en la atmósfera emponzoñada que difícilmente se respira en las altas regiones de los poderosos de la tierra? Los magnates que habían decidido perder á la inocente esposa de D. Pedro, murmuraban constantemente al oído de D. Alfonso calumniosas imputaciones. Decíanle que Ines á pesar de la estremada dulzura que afectaba, era de carácter violento y ambicioso; que apoyada por sus dos hermanos Alvaro y Fernando, no había obstáculo que no quisiera vencer, ni límite que no osara traspasar; que el infante Fernando, hijo de D. Pedro y de Constanza, sería infaliblemente la víctima, y que no habría crimen